

# Signos del imperialismo

Hablamos del imperialismo; escribimos sobre el imperialismo; protestamos contra el imperialismo. Las gentes, generalmente, se asustan por ello. Algunos creen que, en todas estas habladurías, escrituras y protestas, ponemos buena dosis de exageración. La mayoría, sea dicho con verdad, no comprende el problema.

El problema, sin embargo, es ingente. Y, entre otras cosas terribles, la más trágica se nos hace patente. El imperialismo ataca, en forma directa, segura, imperativa, categórica, nuestra identidad. Ataca, para ser un tanto más exactos, nuestra identidad personal. Ataca, más allá y más acá del individuo, nuestra identidad colectiva, es decir, nuestra identidad nacional.

Con esto último, nuestra identidad individual, nuestra identidad colectiva, estamos aludiendo al lenguaje. Nosotros, desde hace ya sus quinientos años, pensamos en español; hablamos en español; escribimos en español; nos comunicamos, en una palabra, en español. Otros idiomas podrán ser, tal vez, más precisos, como el francés, o más armoniosos, como el ruso; pero, eso sí, en ningún otro idioma podemos expresar lo que expresamos con el idioma que, como dice el famoso aforismo clásico, hemos mamado al nacer. El idioma con que nacimos nos identifica a todos: mucho antes que el territorio que ocupamos; que la historia que hemos hecho; que la bandera que izamos los días nacionales; que el escudo que ostentamos; y que el himno nacional que cantamos con tanto entusiasmo. El idioma vertebró nuestra cultura. Nuestra cultura, más bien, no es cultura sin el idioma que hablamos.

Es aquí, justamente, donde el imperialismo está empeñado en erosionarnos. Nos tiene la lengua, pues, vuelta flecos: arruinada por completo. Nos la tiene hecha un asco en distintas formas. En los nombres de las personas; en los títulos de los comercios; en los rótulos que ostentan los automotores; en los giros populares del habla; en la facha de las nuevas generaciones (y en buena porción de las viejas); en los bailes que se bailan ahora; y en la música que impera ahora por todas partes.

A título de muestra, tenemos a la vista una lista de alumnos de un liceo de Colón. Esta lista aparece integrada por 34 estudiantes de ambos sexos. Pues bien. En 34 nombres, 27 son extranjeros. De procedencia inglesa. De puro sabor imperialista. ¿No es una monstruosidad tachireña el que, en esta lista, un Vivas se llame William; un Chacón, Yerlenny; un Fernández, Yurkelin; un Medina, Wendy; un Porras, Yelitzer; un Ortigoza, Iletza?

Nos preguntan, a ratos, de dónde procede semejante desastre. Y, sin vacilar, respondemos. Procede de dos fuentes a cual más siniestra. Procede de la Televisión, que no proporciona sino lo extranjero; que no nos da más modelos que los modelos foráneos en actitud, en habla y en facha. La televisión es una especie de cátedra incontrastable y de tiempo completo. Y, por todo el país, está al servicio exclusivo, campante, definitivo, del imperialismo. Pero el desastre que decimos procede también de la escuela. La escuela venezolana, en cada uno de sus aspectos y en cada uno de sus niveles, está, sin exageración, en el suelo. No forma a nadie; no orienta a nadie; no educan a nadie.

Todo esto, para decirlo como/ debe decirse, procede que, a pesar del Congreso Nacional, no tenemos legislación apropiada al respecto. Beatos de la democracia, dejamos que la gente haga cuanto se le antoja. En esto parece consistir, según nuestro sistema político, la libertad. Dios, como dicen cada momento los beatos, nos coja confesados. Es lamentable que carezcamos en Venezuela de las dos formas de seguridad que requiere una colectividad bien gobernada. La seguridad que sabemos, y que todos reclaman: la que está constituida por la policía uniformada y por la no uniformada. Y la seguridad que pudiéramos llamar cultural: la que, en alguna manera, vele por nuestra identidad, vele por nuestra cultura. Una identidad y una cultura que están centradas por el idioma con que vamos y venimos por entre nuestros semejantes. De esta última seguridad, tan trascendente como la otra, ¿quiénes formarían parte inexcusable?

El Ministerio de Educación, el Ministerio de la Cultura, el Ministerio del Interior, el Congreso Nacional, etc. En una palabra: todas aquellas instituciones que, en forma directa o indirecta, tienen que defender lo más radicalmente venezolano que podamos tener.

El año que viene memoraremos nuestra primera colonización. Hace 500 años, éramos indios puros. Nos engañaron y nos explotaron, todos los conquistadores, a calzón quitao. Pues, a calzón quitao de tiempo completo, nos ha metido el imperialismo vecino en la presente colonización. Ya en la calle todos parecemos turistas: vestimos de colorines, calzamos zapatos deportivos de gondolero, y hablamos en pura jerga, y no toleramos más música que la de roe, que equivale al himno universal del homosexualismo. Como decía Lusinchi a otros efectos, vamos por buen camino hacia la desidentificación colectiva.